

AISLAMIENTO.

¡Qué no pudiera yo ir volando á arrojar me á tus brazos, y espesarte con el mayor transporte y derramando un torrente de lágrimas, todas las penas que asaltan mi corazón!

ГОРЬКА.

I.

¡ID, suspiros de mi corazón á revelar á esa muger que adoro, las penas que sufro por su amor; id, y hacedla llorar: quiero que sepa cuales son las lágrimas del amor. . . . Quiero que llore, sí, que llore, porque al deslizarse las lágrimas por las mejillas de quien ama, el corazón descansa, medita el pensamiento, y se comprende la grandeza del amor! Quiero que sepa como late un pecho enamorado. ¡Ah, María, si supieras cuanto te amo! si escucharas los latidos de mi corazón oprimido, si oyeras los suspiros de mi alma, llorarías, sí, llorarías, pero de amor, de ternura, de compasión; y con toda el alma me dirías: "Yo te amo; cesa, cesa de llorar, tuyo es mi corazón, no eeshales esos suspiros que matan, no derrames ese llanto que quema!" ¡Ah muger, tú eres mi vida, mi encanto, el ser de mi existencia!

II.

¡María, María! muger encantadora; dulce, adorado dueño, no me mires ya, porque mi corazón lánguido, embriagado de amor, no puede resistir. ¿Qué estaré condenado á sufrir no mas? ¿Por qué eres tan hermosa? ¿Por qué brilla la luz sobre tu frente? Valía mas no haberte visto, valía mas que no hubieras nacido! . . . Viviría yo sin pensamientos, sin deseos, huiría al desierto, cortarí las flores silvestres de los campos; la soledad de las montañas sería mi único amigo, solo el lucero de la mañana escucharía mis querellas, solo la luna sería testigo de mi llanto! . . .

Pero no, perdóname, María, porque cuando pienso en tí, deliro, y en mis suspiros se eeshala mi alma, como el perfume de las flores al sentir la brisa de la tarde, porque tú eres mi vida, mi encanto, el ser de mi existencia.

III.

En vano te huyo, no quiero mirarte; pero una fuerza extraña dirige mis ojos á los tuyos, y al mirarte quedo mudo, solo puedo eeshalar un suspiro. Si estoy lejos de tí, si recorriendo el campo miro las flores, su hermosura me recuerda tu beldad, su inocencia tu candor, su aroma tu aliento; y sin querer se escapa de mi boca tu nombre, porque al ver las flores tan hermosas, esclamo: ¡qué bellas son las flores! ¡Pero es mas bella María! Vuelvo la vista, quiero mirarte, en vano, no aparece tu imagen. ¡María, María! grito, y solo el eco repite tu nombre.

¡María, María, no te olvides de mí, porque sin tu amor, sin tu hermosura, yo no puedo tener un momento de gloria, no puedo gozar un solo instante, no puedo vivir, porque tú eres mi vida, mi encanto, el ser de mi existencia!

IV.

Yo oigo el eco que repite tu nombre, y delirante y lleno de amor corro á mirar las flores, y mis lágrimas aumentan el rocío porque no te encuentro: oigo cantar las aves, y creo que son las armonías de tu voz; pero no te encuentro, y casi sin sentirlo, sin pensarlo, grabo tu nombre en el tronco de los sauces donde las tórtolas se quejan, donde cantan los cenizales. . . . oigo gemir el arroyo que se desliza entre las juncias, y pienso que tú suspiras; corro á las orillas del arroyo y mis lágrimas aumentan la corriente porque no pareces tú, y yo lejos de tí no hallo consuelo, y los suspiros de mi corazón vuelan en las alas del céfiro. ¿No es verdad que llegan á tí, no es verdad que en el susurro del aura oyes mi voz, y que te dice: ¡María, María, yo te amo, porque tú eres mi vida, mi encanto, el ser de mi existencia!

V.

Si durmiendo, sueño tu imagen encantadora revuela frente á mí como vision angélica: yo te contemplo como el ángel de mi guarda que vela mi sueño, para que no me conturben pensamientos de pena y de dolor. Yo pienso que tu llanto cae sobre mis megillas, mi corazón se oprime, porque mis sus-

piros quieren eshalarse para que los comprendas tú; pero mi corazón oprimido palpita, y el llanto inunda mis mejillas.

Tú entónces tal vez sueñas, porque nuestra alma se comunica, tal vez se mezclan nuestros suspiros en el espacio, tal vez estás leyendo mi pensamiento como yo el tuyo; sí, las almas que se aman se eshalan en los suspiros del corazón; tú lo sabes, aunque no lo espreses, porque lo sientes, sí, María, tú eres mi amor, sin tí ¿para qué quiero la gloria, para qué quiero la vida? porque tú eres mi vida, mi encanto, el ser de mi existencia.

VI.

¡Cuántas veces he pasado las noches creyendo verte revolar como un ángel divino coronado de estrellas, y en medio de mi delirio te llamo, te buscan mis brazos: veo que huyes, te quiero detener, pero desapareces. . . . ¿Por qué te alejas, María? grito frenético; pero tú volando me dejas burlado y despierto. . . . ¡María, María, grito buscándote, ¿por qué así me abandonas? ¡Ah! dulce ilusión, no me abandones, no, porque sin tí, María, sin tus encantos, ¿qué será de mi mísera existencia? Yo no puedo vivir sin tí, sin tu amor. Mirame, aunque tus miradas me maten; tú llorarás por mí, porque tú eres mi vida, mi encanto, el ser de mi existencia.

VII.

¡Como vuelan y se pierden las horas! ¡como se disipa el sueño! Se perdió mi ilusión, mi dicha era solo una quimera.

¿A donde estás, imagen halagüeña, que alimentaste la ilusion del alma, á donde, á donde estás? Nada me responde. María grito, y María repite el eco lejano, María, resuena en el monte, María, susurran las hojas de los árboles, María, murmuran las aguas del arroyo! . . . ¿A donde, á donde estás? Aquí, en este arroyo nos sentamos un día á entonar una cantilena de amor, y al cortar las flores silvestres de la orilla, escuchaba mi voz con ternura, miéntas que yo bebía la inspiracion en sus miradas; y solo pude decirle: "te amo, muger divina, porque tú eres mi vida, mi encanto, el ser de mi existencia."

México, 1850 — FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.

¿Cuántas veces he pasado las noches leyendo este poema como un ángel divino coronado de estrellas, y en medio de mi delirio te llamo, te busco, te busco mis brazos; pero que huyes, quiero detener, pero despareces. . . . ¿Por qué te niegas, María, grito frenético, pero te volando me dejas profundo y despierto. . . . ¿María, María, grito susurrado, por qué así me abandonas? ¡Ah! dulce ilusion, no me abandones, no, porque sin ti María, sin tus encantos, ¿qué sería de mi existencia? Y no puedo vivir sin ti, sin tu amor. Mirame, siempre tus miradas me matan; tú lloras por mí, porque tú eres mi vida, mi encanto, el ser de mi existencia.

VII

¿Como vuelan y se pierden las horas como se desvanecen? Se perdió mi ilusion, mi dicha con solo una presencia.

FALTA 29-30



Augustinas

FALTA 29-30

Ven, ángel, aquí olvidando
Del mundo las ricas galas,
Bajo tus candidas alas
No sentiré mi dolor.

Ceñiré tu blanca frente
Con mirtos y clavellina,
Ven, y realiza, Agustina,
Mi primer sueño de amor.

Sobre tu cándido seno
Pasaré mis dulces horas,
Y las auras voladoras
Con misterioso rumor,

Llevarán nuestros suspiros
Del vergel á la colina,
Ven, y que goce, Agustina,
Mi primer sueño de amor.

El fuego que el pecho siente,
Veré en tus lánguidos ojos,
Y de esos tus labios rojos
Libaré el dulce licor.

Y la luna silenciosa,
Con su luz pura, argentina,
Me halle gozando, Agustina,
Mi primer sueño de amor.

Pasarán tristes los días
 Sobre mi pálida frente,
 Se marchitará doliente
 De mi existencia la flor;
 Mas siempre en el alma impresa
 Irá tu imágen divina,
 ¡Ay no olvides, Agustina,
 Mi primer sueño de amor.

PENSAMIENTOS

EN EL SILENCIO DEL CAMPO.

¡Silence! coeval with eternity.
 Thou wert ere nature's self began to be;
 'Twas one vast nothing, all, and all slept fast in thee.
 POPE.

¡QUÉ grato es en medio del silencio melancólico de los campos, á la orilla esmaltada de un arroyo, sentarse y ver sobre nuestras cabezas la bóveda inmensa de los cielos cuando la luna comienza á subir del horizonte! En esos momentos solemnes, en esos momentos que no ha gozado el habitante de las ciudades, se siente el hombre con una alma infinita que comprende en momentos aún algunos arcanos de la eternidad. . . ! Sí, yo en esas horas de melancolía, en esas horas terribles que muchos han tenido y que solo ellos alcanzan á comprender, me he puesto á escuchar el murmurio del agua del rio, y en él he creído oír alguna voz divina que hablaba á mi alma y que yo comprendía. . . ! ¿Por qué conocí un dia el ruido de las capitales? ¿Por qué ví alguna vez el bullicio de los pala-

cios? ¿Por qué no he vivido siempre en el campo? Siempre fuera feliz.

Azota repentinamente el viento agitado los saúces de la orilla de los raudales, y aunque los miembros se estremezcan involuntariamente, el alma goza, porque el alma es grande y halla placer en todo lo grande. Yo he alzado los ojos y me he quedado horas enteras queriendo leer algún pensamiento en las estrellas; y lo he leído, sí, mi alma ha encontrado allí una cosa secreta, que no puede salir del alma, que no puede expresar el labio.

¡Dios mio! permite que mis días concluyan en el campo, aquí, debajo de los árboles soberbios del torrente. ¡Qué hermosa se elevaría mi tumba! mis amigos amados, vendrían á llorar con tranquilidad á la sombra sublime de los bosques; con las flores silvestres que nacen entre el césped formarían ramos que colocarían sobre mi tumba cuando brillara la aurora; y al declinar el sol, orarían por mí, mientras aparecía la luna que alumbrara la cruz de mi sepulcro! Yo no sé que encanto secreto tienen para mí estas horas silenciosas que paso en el campo. . . .! Yo pienso á veces que la Divinidad misma, deja su inmenso trono para comunicar algún destello de su pensamiento eterno al mortal habitador de la soledad, porque aquí el hombre entregado á su solo pensamiento, solamente piensa en Dios, porque todo se lo revela. El torrente, la llanura, el monte y los cedros que lo coronan; todo, todo parece que habla, pero con un lenguaje inefable, divino. ¡Qué pequeños me parecen desde aquí, esos templos y esos altares de las ciudades opulentas que los hombres llaman grandiosos! ¡Qué mas grandioso altar que el que el mismo Dios

se ha erigido en el universo entero? Es mas bella la armonía de las aves y de los céfiros que los conciertos de mil órganos; es mas apacible y delicioso el incienso que elevan los prados y que derraman esos millares de flores olorosas, que el humo denso que ofusca la vista en la ciudad. ¡Qué lámpara mas refulgente que ese sol que ilumina el universo entero, y quién sabe cuántos millares de mundos que no podemos siquiera congeturar? ¿Pueden todas las luces que el hombre invente, semejar el resplandor de la mas imperceptible estrella? No, la naturaleza es el mas grandioso artista que decora las obras de Dios.

El universo, con sus miles de altares, es el mas augusto templo del Altísimo. ¡Qué cúpula mas sublime que el firmamento? ¡Dios mio, Dios mio, mitiga un poco ese ardor que hace dudar á mi alma indómita, haz que no piense tanto, no sea que me estravíe. Haz que no vea tan bella la soledad de los campos, ó concédeme vivir el corto día que has señalado al hombre, aquí, oyendo siempre el murmullo del rio, que me anuncia tu presencia, el fulgor del relámpago y el estallido del rayo, que me anuncian tu omnipotencia. . . . y moriré tranquilo pronunciando siempre tu nombre, invocando tu amor en medio del silencio de los campos, en el silencio que es el único compañero de la eternidad.